

LA FAMILIA

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ COKE

CONDICIONES DE SUSCRIPCION:

Por un año, 52 números 6 pesos.
Por un semestre, 24 números 3 pesos.

AVISOS—Segun contrato de a lo menos 12 inserciones, por insercion
50 centavos por centimetro de altura y cuarto de página de ancho.

Año II.—Tiraje 10,000 ejemplares.— Núm.33.
Precio 10 centavos.

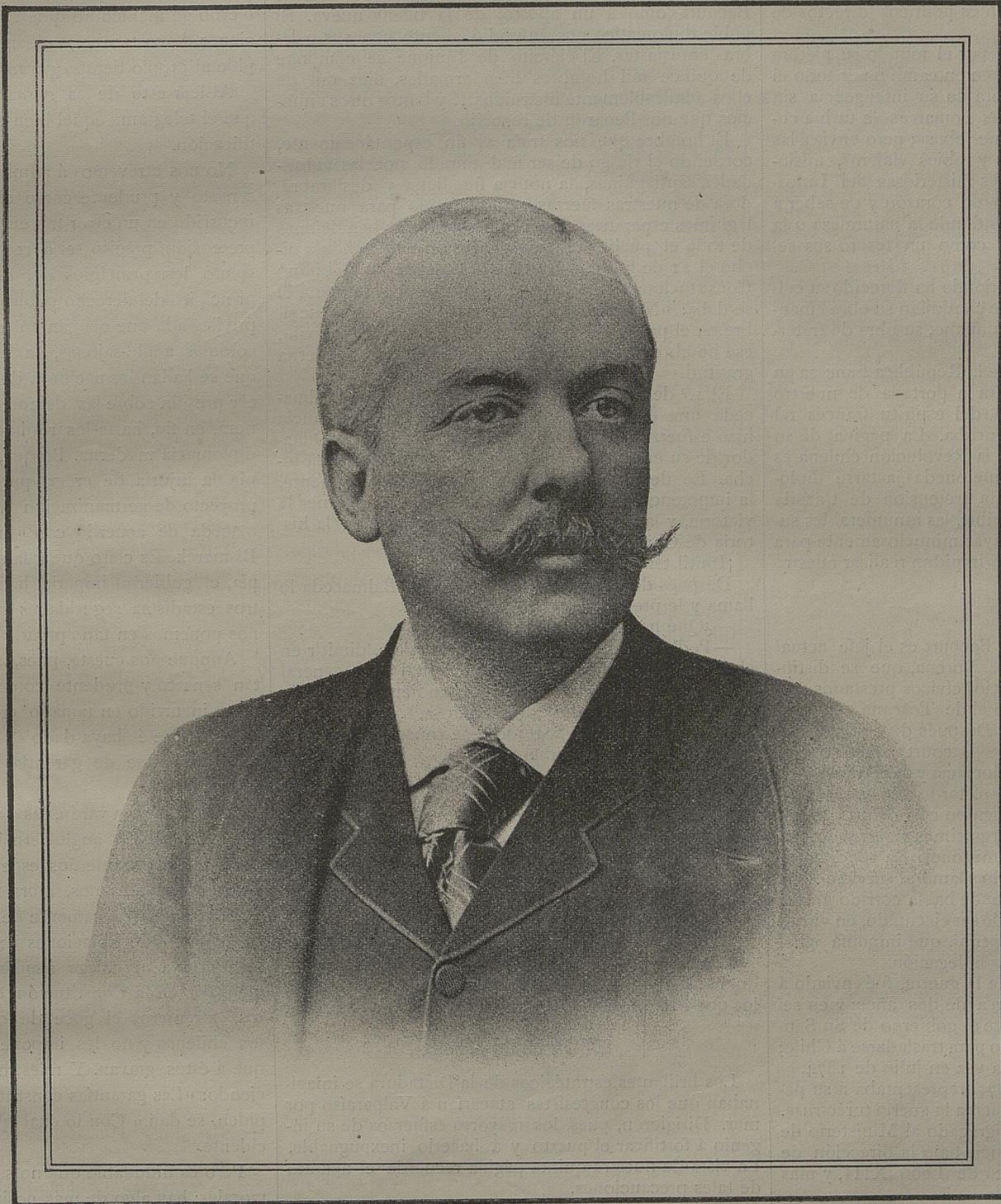
Santiago de Chile, Noviembre 2 de 1891.

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

OFICINA: SAN ISIDRO 8.—POR CORREO: CASILLA 310.

Avisos y suscripciones para Santiago: ESTADO, 36E

No se devuelven manuscritos ni dibujos, ni se asegura su insercion.



M. DE BACOURT

Ministro Plenipotenciario de la República Francesa.

SUMARIO. — NUESTROS GRABADOS. — CRÓNICA POLÍTICA, por Ricardo Cruz Coke. — SEMANA SANTIAGUINA, por Stella. — ACTUALIDAD: EL PADRE KNEIPP, por G. Lenotre. — HISTORIA NATURAL: LA RAFFLESIA, por Fulbert Dumonteil. — VARIEDADES. — RECETAS ÚTILES. — RECREACIÓN. — BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia y consultas.

NUESTROS GRABADOS

M. DE BACOURT

(Fotografía de Garraud)

Cuando Julio Simón fué á Berlín á representar á la Francia en el Congreso del Trabajo, el Emperador Guillermo le preguntó, en una ocasión:

—¿Queréis decirme por qué profesáis tanto amor á París?

—¡Ah sire! respondió el ilustre filósofo, París es la ciudad de los grandes ingenios, el faro del mundo!

Otro gran francés formuló este aforismo que se ha hecho célebre: "Todo hombre tiene dos patrias, la suya y la Francia."

Y este aforismo es aplicable sobre todo á nosotros, á los hijos de Chile, descendientes políticos directos de los prohombres del 93.

La Francia no desparrama por el mundo su plétora de población indigente; esparce en cambio por todo el universo la viva luz civilizadora de su inteligencia sin igual. No empuja hacia lejanas comarcas la turbia corriente de una inmigración que rebosa; pero envía á las tinieblas africanas intrépidos y sabios viajeros, misioneros abnegados á las regiones misteriosas del Indostán y de la China, hombres de corazón y de saber á todos los rincones del mundo donde la naturaleza ó la antigüedad guardan todavía como un tesoro sus secretos.

Y á los países amigos, ahí donde ha florecido su cultura, envía representantes que continúan su obra emancipadora del entendimiento humano, su obra de fraternidad y libertad.

M. de Bacourt, Ministro de la República francesa en Santiago y cuyo retrato honra la portada de nuestro periódico, es la encarnación del espíritu francés tal como lo hemos descrito más arriba. La página de su biografía que corresponde á la Revolución chilena es una de las más gloriosas de que pueda jactarse diplomático alguno. No tenemos la pretensión de trazarla aquí. El breve espacio disponible, las innumerables sutilezas que sería preciso explayar minuciosamente para hacer el cuadro completo, nos impidieron realizar nuestro más vivo deseo.

* *

Enrique Pedro Fourier de Bacourt es el jefe actual de una antiquísima familia de Lorena, que se distinguió por sus eminentes servicios cívicos prestados tanto al ducado de Lorena como al de Toscana, en otra época dependiente de aquél. Después de unida la Lorena á la Francia, la casa de Bacourt siguió dando hombres distinguidos á la diplomacia y al ejército.

M. Enrique de Bacourt entró tarde á la carrera diplomática, y para recuperar tiempo con meritorios servicios, hubo de emprender larguísimos viajes y desempeñar numerosas y delicadas misiones. En 1870, cuando la guerra franco-prusiana lo llamó al servicio de la patria, se hallaba en Pekín, donde había corrido graves peligros, nada menos que el de ser ejecutado, en virtud de un decreto de la corte imperial, que imponía igual pena á todos los miembros de la legación.

Inmediatamente después de la guerra, fué enviado á Berlín, donde permaneció cerca de dos años; y en seguida á Roma, acreditado ante el gobierno de Su Santidad. Dejó este último puesto para trasladarse á Chile; llegaba á este país por primera vez en julio de 1874.

Tres años más tarde, en 1877, representaba á su patria en Bucharest, y seguía de cerca la guerra turco-rusa.

Subsiguientemente estuvo agregado al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia bajo la dirección de Freycinet, quien lo envió cerca de León XIII, y más adelante cerca del rey de Italia.

En obsequio de la brevedad, pasamos rápidamente por sobre un brillante período de su carrera diplomática, su misión en el Brasil, en el Perú, en Chile por segunda vez, en Haití con el carácter de Enviado Extraordinario, y llegamos á su nombramiento como Ministro Plenipotenciario en Chile, en el mes de septiembre de 1887.

M. de Bacourt tiene especial predilección por nuestra patria, cuyo nombre le trae siempre á la memoria recuerdos felices.

Ha sido amigo de cuatro Presidentes chilenos: Errá-

zuriz y Pinto lo consultaban con agrado, y daban grande importancia á su opinión.

Con esa perspicacia profesional que le caracteriza, había adivinado la revolución futura en el empecinamiento de Balmaceda por mantener su omnímoda autoridad, y no se cansaba de manifestar al infeliz Presidente y sus mal inspirados consejeros las funestas consecuencias de un conflicto en que el triunfo había de ser del derecho sobre la fuerza.

El primer grito de la Revolución chilena hubo de atravesar los mares para llegar hasta él. M. de Bacourt se había marchado á Europa á fines de 1890, y sólo volvía á Chile en el transcurso de julio del presente año. Hizo el viaje por Panamá, deseoso de pasar á saludar á la Junta de Gobierno congresista y de alentarla en su patriótica empresa. En Iquique fué recibido con festejos, como un mensajero de felicidad. Y á fe que también lo fué para nosotros, porque, abatidos y descorazonados por tantos días de amarga y desconsoladora espera, comunicados con el Gobierno de Iquique,—nuestro Gobierno,—amenazados constantemente con nuevos rigores, asustados por los embustes de la prensa dictatorial, acudimos á recibir á M. de Bacourt como á un apóstol de la buena nueva. El noble diplomático nos infundió aliento con sus palabras entusiastas. El ejército de Iquique se compone de quince mil hombres bien armados, diez mil de ellos admirablemente instruidos... y tantos otros anuncios que nos llenaron de regocijo.

El hombre que nos traía al fin, espontáneamente, corriendo el riesgo de ser mal mirado por las autoridades santiaguinas, la noticia fidedigna y deslumbradora de nuestras fuerzas y el estímulo para nuestras legítimas esperanzas, tenía que recibir las bendiciones de todo el pueblo chileno. El hombre que había dicho el 21 de julio en Iquique, á la Junta de Gobierno Constitucional, en el curso de un banquete que á él se daba: "Nos veremos en Santiago el 18 de septiembre en el palco de Gobierno del Teatro Municipal", ese hombre se había hecho acreedor á nuestra eterna gratitud.

El 1.º de agosto, M. de Bacourt tuvo con Balmaceda una entrevista solemne: el Ministro de Francia hizo esfuerzos sobrehumanos para disuadir al Dictador de su empeño por llevar adelante la fratricida lucha. Le demostró honradamente, matemáticamente, la impotencia real en que se hallaba para obtener la victoria, y la negra y sangrienta página que en la historia de Chile iba á firmar con su nombre.

¡Inútil tentativa!

Después de Concón, el 25 de agosto, Balmaceda lo llama y le pregunta:

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—Pedir á los congresistas un armisticio, dimitir en el acto y entregar el mando de la capital á un general ó á un comité de vecinos independientes. No veo ninguna otra puerta de salida honrosa.

El Dictador habría seguido este consejo; la historia dirá quiénes se lo impidieron.

* *

M. de Bacourt es soltero, dice que no ha tenido tiempo de casarse. Pero tiene en Chile una numerosa familia: la colonia francesa entera, y tantos amigos y admiradores cuantos son los ciudadanos de este suelo.

OFICIALES Y JEFES CONSTITUCIONALES

Como un homenaje al ejército constitucional, reproducimos en un grupo á diversos oficiales y jefes de los que más se distinguieron en la reciente campaña.

SUBIDA DE UN CAÑÓN

Los brillantes estratégicos de la Dictadura se imaginaban que los congresistas atacarían á Valparaíso por mar. Dirigieron, pues, los mayores esfuerzos de su ingenio á fortificar el puerto y á hacerlo inexpugnable. La vista de nuestra quinta página recuerda el aparato de tales precauciones.

LA ESTATUA DE DANTON

En números pasados explicábamos la justicia con que los parisienses habían elevado un monumento á Danton. En efecto, el gran tribuno representaba en la revolución la elocuencia que aviva el patriotismo. Al oír su voz que hacía temblar á la Francia, los quintos acudían con loco entusiasmo á enrolarse bajo las banderas de la República. Esta idea es la que representa la estatua.

—♦♦♦—

CRÓNICA POLÍTICA

TÉNGASE PRESENTE

La prensa ha reproducido hace pocos días un telegrama europeo que, en nuestra humilde opinión, no ha sido suficientemente comentado. En dicha comunicación se afirma que el Gobierno alemán ha invitado al de Inglaterra á unirse á él en una acción combinada contra el Gobierno de Chile, y en favor de los súbditos de ambas naciones que han sufrido perjuicios durante la revolución de enero.

Estamos tan acostumbrados á prestar oído atento á las reclamaciones más ó menos fundadas de las cancillerías extranjeras, que el telegrama en cuestión no tendría nada de particular dentro de nuestros precedentes diplomáticos, si no viniera aparejado con una proposición enteramente nueva, y que, según se la considere, puede ser ridícula ó grave. En efecto, el Gobierno germánico no quiere limitarse á las indemnizaciones de costumbre,—de mala costumbre,—sino que pide al propio tiempo garantías para el porvenir.

Al leer esto de las garantías, se nos ha ocurrido que el telegrama aquél bien pudiera resultar una mistificación.

No nos atrevemos á admitir que un Gobierno tan sensato y prudente como el Gobierno alemán haya incurrido en un error tan enorme. Si fuera efectiva su pretensión, preciso sería reconocer que ignora en absoluto los principios del derecho internacional, los principios del derecho público americano, la situación privilegiada que ocupan en las Repúblicas latinas las colonias anglo-sajonas, la impotencia invencible en que se hallan las naciones del viejo mundo para ejercer presión sobre las democracias del nuevo; que ignora, en fin, hasta los rudimentos más vulgares de la diplomacia moderna. Porque, no haremos á la Alemania la injuria de creer que ha tomado á lo serio el proyecto de germanización de Chile, ideado por Balmaceda de acuerdo con "su amigo" el príncipe de Bismarck. Es claro que á la sombra de semejante utopía, el gobierno imperial habría podido pedir á nuestros estadistas seguridades para el porvenir. Pero no nos ponemos en tan apurado caso.

Aunque nos cueste, pues, aceptar que un Gobierno tan sensato y prudente como el Gobierno germánico haya incurrido en tamaño error, supongamos por un instante que él haya dado en tal extravío, y examinemos qué clase de garantías se nos exigirán para el futuro.

Á ojo de buen varón, las seguridades que podemos dar á los súbditos anglo-germánicos residentes en esta tierra pueden ser de dos especies: platónicas ó positivas; en otros términos, morales ó materiales.

Si se tratase únicamente de garantías morales, nuestro Ministro de Relaciones Exteriores no tendría, para responder á su colega alemán, más que ofrecerle un ejemplar de la Constitución chilena, que garantiza á los extranjeros el goce de todas las prerrogativas de los chilenos y no les impone ninguna de las cargas que á éstos gravan. Y nuestro Ministro concluiría diciendo: "Las garantías constitucionales de Chile no se piden, se dan." Con lo cual quedaría terminado el incidente.

Pero es indudable que no se trata aquí de garantías morales; hay algo de más positivo, de más práctico en la intencional anglo germánica: se necesitan garantías materiales. Estas pueden ser de varias clases:

Pecuniarias.—Chile, para asegurar á los dos imperios que ninguno de sus súbditos sufriría en adelante perjuicios á consecuencia de revoluciones, guerras externas, terremotos, epidemias, inundaciones, cataclismo cualquiera ó azote que causaran estragos en el territorio de la República, depositaría en un banco alemán ó inglés, una suma de millones equivalente al

monto de los intereses amenazados, suma que representaría el seguro ó la garantía de dichos intereses.

Fiduciarias.—Nuestro Gobierno, con los mismos fines, daría fianza calificada, hipotecaría las propiedades nacionales y las líneas férreas, concluidas y por construir.

Tributarias.—Como las entradas de aduana constituyen la principal fuente de riqueza del Fisco, el duunvirato anglo-alemán podría designar un interventor aduanero encargado de percibir un tanto por ciento de los derechos de internación, destinado á constituir el fondo de garantías.

Bélicas.—La garantía bélica podría establecerse bajo dos formas igualmente eficaces: ó se enviaba á Chile un cuerpo de ejército anglo-alemán encargado de custodiar la vida y la hacienda de los respectivos nacionales,—buques de guerra para los puertos de mar,—ó se imponía á Chile la obligación de mantener uno ó más regimientos de línea ó tantas naves de combate á las órdenes de la colonia anglo-germánica para su especial y personal custodia. Salvo que cada inglés ó teutón prefiriera tener un piquete de fuerzas á su servicio,—lo que que simplificaría la cosa.

* *

Se nos figura que todas las garantías materiales imaginables caben dentro de la anterior distribución.

Conviene observar aquí que las garantías morales y las materiales son absolutamente incompatibles, por cuanto la Constitución de Chile establece la autonomía nacional, la inviolabilidad del territorio, la jurisdicción propia, y muchos otros principios que excluyen toda intervención extranjera en nuestros negocios políticos.

Desde que son incompatibles, ambas clases de garantías no pueden coexistir. Y como el Gobierno alemán no mete cuchara en esto para hacer lujo de fuerza sino para proteger á sus conciudadanos, cabe ahora hacer la siguiente pregunta: ¿Qué convendría más á los alemanes é ingleses: vivir como hasta hoy han vivido, libres de cargas y gravámenes; gozando de todos los derechos y privilegios civiles y sociales; respetados, estimados, queridos, mimados; dueños del alto comercio y de la grande industria, dueños exclusivos porque ¡ay del chileno que pretendiera hacerles sombra! árbolitos del movimiento rentístico de la nación; exentos de las preocupaciones y miserias indígenas que nos empuñan y nos dividen; considerados como hombres más grandes, más sabios, más fuertes, más hábiles que nosotros; provistos de medios más rápidos y eficaces que nosotros de ganar la subsistencia y hacer fortuna en breve plazo... vivir así, ó pasar del día á la mañana á ser una raza detestada, hostilizada, por lo mismo que es invasora; á ser una raza maldita para todos los corazones republicanos y patriotas, por lo mismo que habría preferido la fuerza al derecho, el despotismo á la democracia, la esclavitud a la libertad?...

* *

Pongámonos en la peor emergencia: se nos exigen garantías, y la colonia anglo-alemana en Chile las acepta. Nuestro Ministro de Relaciones Exteriores se inclina reverente... Pero, imaginémosnos que nuestro Ministro no se inclina, imaginémosnos que yergue la cabeza y dice con patriótica energía: «Nó, Chile es una nación independiente, soberana, tanto ó más que cualquiera otra del mundo; Chile se da leyes, pero no las recibe; Chile no teme nada ni á nadie.» ¿Qué haría entonces el duunvirato anglo-sajón? Morderse los labios, y nada más.

Hoy no hay pueblos débiles ni pueblos fuertes. El equilibrio político del mundo ha disminuído la influencia de los países poderosos y aumentado la de las naciones pequeñas. No hay en Europa imperio ó monarquía bastante fuerte para atreversele á la humilde

Bulgaria, al ínfimo principado de Montenegro, ¡qué! á la misma República de Andorra. No hay en el viejo mundo imperio ó monarquía bastante fuerte, gobierno bastante temerario y loco para atentar á mano armada contra la autonomía de las repúblicas latinas. Una intenciona semejante sería una calaverada ruinosa y sangrienta. Para atacar á Chile, la Alemania necesita cincuenta mil hombres, veinte naves de guerra, y cien millones de pesos: necesita aniquilar el comercio extranjero, el de sus propios nacionales, necesita herirse á sí misma en sus intereses permanentes y en su parte más vital.

¿Y se atreverá la Alemania, se atreverá la Inglaterra á movilizar ejércitos y buques, á enviarlos á una expedición tan lejana, á distraer de sus escuálidos tesoros los millones indispensables, estando, como están, amagadas por una inminente conflagración europea? ¿Qué se requiere para que salte la primera chispa? Un pretexto cualquiera, bueno ó malo: una jaqueca del czar, un romadizo del reyezuelo de Servia, un cólico del gran turco, un capricho del emperador Guillermo. ¡Y qué pretexto sería aquél ofrecido por una campaña emprendida hacia el nuevo mundo, una campaña de las rancias y carcomidas preocupaciones de la caduca Europa monárquica, contra las instituciones libres é independientes del republicanismo americano!

Nó, mejor será que su imperial majestad *encarpete* sus veleidades ultramarinas, y vuelva la vista hacia el Oriente; ahí está el peligro, ahí sí que le conviene pedir garantías... si cree que se las den.

Mejor será también que su imperial majestad guarde para otra ocasión la reclamación diplomática que intenta con el fin de hacer que indemnícemos á sus súbditos perjudicados por nuestra guerra civil. En Chile, sire, hay leyes que sacan su fuerza del derecho, y tribunales que las cumplen porque ese es su deber. Si por obra de la nación chilena sufrió un alemán pérdidas ó perjuicios, la nación chilena, que es justa, se las pagará sin demora. Pero si esas pérdidas ó perjuicios no son obra de la nación chilena, es decir, de la constitución, de la ley, ó de las autoridades constituídas en ejercicio de sus atribuciones, repita el perjudicado contra el que lo ofendió, y será oído, y se le hará justicia. La República no responde sino de los actos de la República: el extranjero, más privilegiado que el chileno en tiempos de paz y de bonanza, no puede pretender que en épocas difíciles y angustiosas, sólo pensemos en su seguridad y bienestar. La equidad más rudimentaria y primitiva exige que todos corramos iguales contingencias en la buena y en la mala ventura.

RICARDO CRUZ COKE

AVISOS

No se admiten más suscripciones para Santiago, salvo para las personas que deseen pasar á buscar el periódico á la oficina.

CORAZÓN DE LEÓN, por Juan Marsella, segunda edición. Se envía á provincias franco de porte. Precio, \$ 1.50.

SEMANA SANTIAGUINA

Quando por ley del parlamento se cree y organice la Academia Nacional de Letras, Ciencias y Bellas Artes, instituciones indispensables para el desarrollo moral é intelectual del país, existirá ya en Chile perfectamente constituida y en pleno vigor y progreso una rama importante de aquella institución. Me refiero á la Sociedad Científica de Chile.

Debida su fundación á la iniciativa de caracterizados miembros de la colonia francesa de Santiago, ella forma hoy un cuerpo respetable é influyente, no sólo por el número y la calidad de sus individuos, sino también por el creciente interés que despiertan sus deliberaciones, las cuales versan sobre todos los objetos del humano saber.

La Sociedad Científica de Chile es un organismo que tiene vida propia y el porvenir más lisonjero. Me atrevo á traerla á cuento porque sus fines, lejos de ser exclusivistas son populares y universales, y á sus sesiones pueden concurrir representantes de los dos sexos.

* *

Creo que el momento es oportuno para que las niñas— ¡como si ella fuera tan vieja! —para que las niñas cultiven su espíritu. Instituciones como la nombrada abren ancho y fácil campo á ese propósito. Está reconocido que nuestra inteligencia no es inferior á la del hombre— ¡gracias por el reconocimiento! —y que aun cuando nuestra esfera de acción material, por decirlo así, es más restringida, en el dominio moral es tal vez más vasta que la de nuestros dueños.

* *

Hé aquí dos fragmentos de conversación en un círculo de tono.

— ¡Estuviste en el baile de las Pincheiras?

— Sí. Bonito sarao, trajes elegantísimos, eso sí que había algunos... vamos, un poco *curvilíneas*. Hay mujeres que se hacen por sí mismas sus vestidos (¡como si fuera pecado!)

— Los *generitos* nuevos parecen tela de cebolla: no duran nada.

— Sin embargo, donde Pra y en las Novedades *se los pelean*.

— Por seguir la corriente. ¿Te fijaste en la *capota* de Lucinda anoche en el teatro?

— ¡Qué adefesio!

* *

Otro fragmento:

— Me hablaba usted ayer, Pepita, de la sagacidad de Aspasia, y me había prometido una prueba.

— ¡No fué ella quien aconsejó á Alcibiades que le cortara la cola á su perro favorito?

— ¡Para dejarlo rabón?

— Y para hacer á su amo inmortal. No por ser discípulo de Sócrates dejaba Alcibiades de ser un gran tuno, á su manera. Los atenienses empezaban á mirarlo de reojo, y hasta se proponían impedirle la entrada al templo de Minerva. En una palabra, estaba en peligro su futura gloria. Aspasia se la salvó.— «Córtales la cola á tu perro.» Sin esa cortadura, Alcibiades no habría pasado, por cierto, á la posteridad.

— ¡Ni siquiera como gran tuno?

— Ni siquiera. A propósito de tuno, no me ha devuelto los *Diálogos* que le presté.

— Noches pasadas empecé á leerlos... y me quedé dormido.

— Platón aburre á los espíritus frívolos. Es verdad que no da tanto entretenimiento como *Por seguir á una mujer*, *Comichi Tronati*, y demás lindezas de la dramaturgia contemporánea.

— ¿Dramaturgia?

— Es un vocablo que pienso proponer á la Academia Española cuando termine mis *Reflexiones sobre Fedon*...

* *

Entre esos dos extremos hay un justo término medio que consiste en refundir lo ameno con lo útil é instructivo. Nadie admira aquello que no comprende, y por esta razón las chilenas admiramos muy pocas cosas. Si supiéramos el inglés saborearíamos deliciosamente *Mr. Clearys London Opera Co.* y además podríamos leer á Shakespeare en el texto. ¿No es una prueba de inferioridad ir al teatro á mirar á los actores, boquiabierta, mientras que amigos más hábiles é instruidos gozan de todas las ventajas del espectáculo? ¡Da vergüenza!

Dos ó tres idiomas fuera del propio son para una mujer un adorno infinitamente más valioso y lucido que todas las blondas y pedrerías del mundo.

Peró sé que predico en el desierto. Los padres, sobre todo aquellos que, como el mío, «han ganado honradamente su fortuna en la crianza de animales» *crian* mal á sus hijas, inculcándoles la errónea noción de que el dinero se ha hecho para gastarlo, mientras que en realidad se ha hecho para ahorrarlo.

* *

¿Que es paradoja? No soy economista, pero soy económica, y pienso que ello vale más. Si el dinero no se hubiere instituído exclusivamente para el ahorro, sería inútil.

Voy á probarlo.

El dinero es un signo, y como tal sólo un medio, que en ciertos casos no se necesita. Una caja de fósforos vale un centavo, un pan vale un centavo; si el panadero quiere fósforos y el fosforero pan, no es preciso que medie el centavo para que la necesidad de cada cual sea satisfecha: se cambia la caja de fósforos por el pan, y los dos interesados quedan contentos.

Como medio de cambio, la utilidad del dinero es puramente relativa.

Como medio de ahorro, su utilidad es absoluta.

El ahorro es el exceso de la producción sobre el consumo.

Juan gana diez y satisface todas sus necesidades con ocho. Le sobran dos; es su ahorro. ¿Cómo lo representará? ¿Creándose nuevas necesidades? No sería ahorro. ¿Dejándolo inactivo en un cajón? Sería usura.—Convirtiéndolo en dinero, que colocado á interés le dará una renta. Su ahorro así es trabajo, puesto que produce.

Todo lo que produce es trabajo.

Todo lo que consume es ocio.

He demostrado,—mal si se quiere,—pero demostrado que el dinero se ha hecho para ahorrarlo, y que si no se hubiese hecho para eso, sería inútil.

SIELLA